

Sección: Humanidades

Adam Smith:

La teoría de los sentimientos morales

Versión española y estudio preliminar de  
Carlos Rodríguez Braun

~~981-5998~~

El Libro de Bolsillo  
Alianza Editorial  
Madrid



®

## 1. De la simpatía

Por más egoísta que se pueda suponer al hombre, existen evidentemente en su naturaleza algunos principios que le hacen interesarse por la suerte de otros, y hacen que la felicidad de éstos le resulte necesaria, aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla. Tal es el caso de la lástima o la compasión, la emoción que sentimos ante la desgracia ajena cuando la vemos o cuando nos la hacen concebir de forma muy vívida. El que sentimos pena por las penas de otros es una cuestión de hecho tan obvia que no requiere demostración alguna, porque este sentimiento, como todas las otras pasiones originales de la naturaleza humana, no se halla en absoluto circunscrito a las personas más virtuosas y humanitarias, aunque ellas quizás puedan experimentarlo con una sensibilidad más profunda. Pero no se halla desprovisto de él totalmente ni el mayor malhechor ni el más brutal violador de las leyes de la sociedad.

Como carecemos de la experiencia inmediata de lo que

sienten las otras personas, no podemos hacernos ninguna idea de la manera en que se ven afectadas, salvo que pensemos cómo nos sentiríamos nosotros en su misma situación. Aunque quien esté en el potro sea nuestro propio hermano, en la medida en que nosotros no nos hallemos en su misma condición nuestros sentidos jamás nos informarán de la medida de su sufrimiento. Ellos jamás nos han llevado ni pueden llevarnos más allá de nuestra propia persona, y será sólo mediante la imaginación que podremos formar alguna concepción de lo que son sus sensaciones. Y dicha facultad sólo nos puede ayudar representándonos lo que serían nuestras propias sensaciones si nos halláramos en su lugar. Nuestra imaginación puede copiar las impresiones de nuestros sentidos, pero no de posición, concebir que padecemos los mismos tormentos, entrar por así decirlo en su cuerpo y llegar a ser en alguna medida una misma persona con él y formarnos así alguna idea de sus sensaciones, e incluso sentir algo parecido, aunque con una intensidad menor. Cuando incorporamos así su agonía, cuando la hemos adoptado y la hemos hecho nuestra, entonces empieza a afectarnos, y temblamos y nos estremecemos al pensar en lo que él está sintiendo. Así como el dolor o la angustia de cualquier tipo provocan una pena que puede ser enorme, el hacemos a la idea o imaginar que los padecemos suscita la misma emoción en algún grado, en proporción a la vivacidad o languidez de dicha concepción.

Que tal es la fuente de nuestra conmiseración, que concebimos o nos vemos afectados por lo que siente la persona que sufre al ponernos en su lugar, puede ser demostrado mediante varias observaciones obvias, si no se piensa que es algo suficientemente evidente por sí mismo. Cuando vemos un golpe a punto de ser descargado sobre la pierna o el brazo de otro, naturalmente encojemos y reti-

ramos nuestra pierna o nuestro brazo, y cuando el impacto se produce lo sentimos en alguna medida y nos duele también a nosotros. La muchedumbre que contempla al volatinero sobre la cuerda instintivamente contorsiona, gira y balancea su cuerpo como ven que lo hace él y como sienten que ellos mismos lo deberían hacer si estuviesen en su lugar. Las personas de fibra sensible y débil constitución corporal se quejan de que, al contemplar las llagas y úlceras que exhiben los portidoseros en las calles, tienden a experimentar un picor o una sensación incómoda en la parte correspondiente de su propio cuerpo. El horror que conciben ante la desgracia de esos miserables afecta esas partes en concreto más que ninguna otra, porque dicho horror surge de pensar cómo sufrirían ellos si fueran los infortunados a quienes están observando y si esas partes suyas estuviesen afectadas de esa misma y terrible manera. La fuerza de esa idea es suficiente, dada su frágil personalidad, para producir esa comezón o incomodidad que lamentan. La gente de compleción más robusta comprueba que al mirar unos ojos lastimados con frecuencia experimentan un dolor en los suyos propios, lo que obedece a idéntica razón; dicho órgano en la persona más fuerte es más delicado que cualquier otra parte del cuerpo en la persona más débil.

Pero no son sólo las circunstancias que crean dolor o aflicción las que nos hacen comparar los sentimientos con los demás. Cualquiera sea la pasión que un objeto promueve en la persona en cuestión, ante la concepción de la situación brota una emoción análoga en el pecho de todo espectador atento. El regocijo que nos embarga cuando se salvan nuestros héroes favoritos en las tragedias o las novelas es tan sincero como nuestra condolencia ante su desgracia, y compartimos sus desventuras y su felicidad de forma igualmente genuina. Sentimos con ellos gratitud hacia los amigos fieles que no los deserta-

ron en sus tribulaciones, y de todo corazón los acompañamos en su enojo contra los pérfidos traidores que los agravaron, abandonaron o engañaron. En toda pasión que el alma humana es susceptible de abrigar, las emociones del espectador siempre se corresponden con lo que, al colocarse en su mismo lugar, imagina que son los sentimientos que experimenta el protagonista.

Lástima y compasión son palabras apropiadas para significar nuestra condolencia ante el sufrimiento ajeno. La simpatía, aunque su significado fue quizá originalmente el mismo, puede hoy utilizarse sin mucha equivocación para denotar nuestra compañía en el sentimiento ante cualquier pasión.

En ocasiones la simpatía aparecerá por la simple contemplación de una emoción determinada en otra persona. A veces las pasiones parecen transfundirse instantáneamente de un individuo a otro, anticipadamente a cualquier conocimiento de lo que les dio lugar en la persona protagonista principal de las mismas. La pesadumbre y la alegría, por ejemplo, manifiestamente expresadas en el aspecto y los gestos de alguien, afectan de inmediato al espectador con algún grado de la misma emoción, dolorosa o grata. Un rostro risueño es, para cualquiera que lo vea, un motivo de alegría; por el contrario, un semblante apenado lo es de melancolía.

Pero esto no es universalmente válido ni rige para todas las pasiones. Algunas de ellas no generan identificación alguna, y antes de que detectemos lo que las ha promovido nos suscitan disgusto y rechazo. El furioso comportamiento de un hombre iracundo es probable que nos exaspere más en su contra que en contra de sus enemigos. No sabemos cómo ha sido provocado, no podemos situarnos en su lugar ni concebir nada parecido a las pasiones que dicha provocación desata. Lo que vemos nítidamente es la posición de aquellos con quienes está

enfadado, y la violencia a la que se hallan expuestos por parte de un adversario tan indignado. Por tanto, simpatizamos de inmediato con su temor o resentimiento, y pronto estamos dispuestos a tomar partido en contra del hombre a causa del cual se hallan en tanto peligro.

Si la mera apariencia de la angustia o la jovialidad nos inspiran en cierta medida unas emociones análogas es porque nos sugieren la idea general de la fortuna propia o adversa que ha sobrevenido a la persona en quien las percibimos: y en tales pasiones ello es suficiente para ejercer una pequeña influencia sobre nosotros. Los efectos de la aflicción y el regocijo terminan en la persona que experimenta esas emociones, y sus expresiones, al contrario de las del rencor, no nos sugieren la idea de ninguna otra persona que nos preocupe y cuyos intereses sean opuestos a los de la primera. La idea general de una buena o mala ventura, entonces, origina alguna ansiedad hacia la persona que las protagoniza, pero la idea general de la provocación no excita la simpatía hacia la ira del hombre que la ha sufrido. Parece que la naturaleza nos instruye en una mayor renuencia a compartir esta pasión y hasta que nos informemos sobre su causa nos dispone más bien a tomar partido en su contra.

Pero antes de averiguar sus causas, nuestra simpatía hacia la tristeza o la alegría de otro es siempre sumamente imperfecta. Las lamentaciones generales, que no expresan nada salvo la zozobra del que sufre, crean sobre todo una curiosidad por averiguar cuál es su situación, junto a una disposición a simpatizar con él, más que una identificación de hecho claramente perceptible. Lo primero que preguntamos es: ¿qué te ha sucedido? Hasta que obtenemos la respuesta nuestra condolencia no será muy considerable, aunque estemos inquietos debido a una vaga noción de su desventura y sobre todo porque nos torturemos a base de conjeturar esa respuesta.

La simpatía, en consecuencia, no emerge tanto de la observación de la pasión como de la circunstancia que la promueve. A veces sentimos hacia otro ser humano una pasión de la que él mismo es completamente incapaz, porque cuando nos ponemos en su lugar esa pasión fluye en nuestro pecho merced a la imaginación, aunque no lo haga en el suyo merced a la realidad. Nos sonrojamos ante la desfachatez y grosería de otra persona, aunque ella misma no parezca detectar en absoluto la incorrección de su propio comportamiento; lo hacemos porque no podemos evitar sentir la incomodidad que padeceríamos si nos hubiésemos conducido de manera tan absurda.

De todas las calamidades a que las personas se hallan expuestas por su mortal condición, la pérdida de la razón parecerá la más terrible a todos los que al menos abriguen un mínimo destello de humanitarismo, y que contemplarán ese peldañó postero de la degradación humana con mayor condolencia que ningún otro. Pero el pobre infeliz que sufre el mal quizás ría o cante, plenamente inconsciente de su propia desventura. La angustia que los seres humanos abrigan ante tal caso, en consecuencia, no puede ser el reflejo de ningún sentimiento del paciente. La compasión del espectador debe provenir totalmente de la consideración de lo que él mismo sentiría si fuese reducido a la misma infeliz posición y al mismo tiempo pudiese, lo que quizá es imposible, ponderarla con la razón y el juicio que ahora posee.

¡Qué tormentos afligen a una madre cuando escucha los gemidos de su hijo que en la agonía de una enfermedad no puede expresar lo que siente! En su idea del sufrimiento del niño, la madre combina la impotencia real del niño con su propia conciencia de esa impotencia y su pánico ante las consecuencias desconocidas de la enfermedad; con todos esos elementos ella compone en su propio dolor la imagen más completa del infortunio y la congoja.

En cambio el niño sólo sufre la inquietud del instante presente, que nunca puede ser muy grande. Se siente perfectamente seguro con respecto al porvenir, y en su conciencia e imprevisión estricta un antídoto contra el temor y la ansiedad, los grandes atormentadores del corazón humano, ante los cuales la razón y la filosofía en vano intentarían defenderlo cuando llegue a ser un hombre.

Simpatizamos incluso con los muertos. Pasamos por alto lo que en realidad importa en su situación, el tremendo porvenir que les aguarda, y nos afectan fundamentalmente aquellas particularidades que impresionan nuestros sentidos pero que carecen de influencia alguna sobre su felicidad. Pensamos qué doloroso es el ser privado de la luz del sol, el carecer de vida y de trato con los demás, el yacer en una fría sepultura, presa de la degradación y de los reptiles de la tierra, el que nadie piense en nosotros en este mundo y el ser en poco tiempo apartado de los afectos y casi de la memoria de los amigos y parientes más queridos. Ciertamente, concluímos, jamás podremos sentir lo suficiente por quienes han sufrido una calamidad tan espantosa. El tributo de nuestra condolencia hacia ellos parece doblemente merecido ahora, cuando están en peligro de ser olvidados por todos, y mediante los vanos honores con que celebramos su memoria procuramos, para nuestra propia desdicha, mantener artificialmente viva nuestra melancólica evocación de su desventura. El que nuestra simpatía no pueda proporcionarles ningún consuelo parece un añadido a su calamidad, y pensar que todo lo que podamos hacer será inútil y que aquello que alivia cualquier otra desgracia —la desazón, el afecto y los lamentos de sus amigos— no puede confortarlos, sólo servirá para exasperar nuestra percepción de su infortunio. Pero con toda certeza la felicidad de los muertos no se ve afectada por ninguna de esas circunstancias, ni el pensamiento sobre tales pormenores puede nunca perturbar la

profunda seguridad de su descanso. La idea de esa melancolía imperterbable e infinita que la fantasía atribuye naturalmente a su condición se manifiesta exclusivamente porque unimos el cambio que han experimentado y nuestra propia conciencia de dicho cambio, nos ponemos en su lugar y alojamos, por así decirlo, nuestras almas vivientes en sus cuerpos inanimados, y así concebimos lo que serían sus emociones en tal caso. Esta misma ilusión de la imaginación es lo que hace que la anticipación de nuestra propia muerte nos resulte algo tan horroroso, y que la idea de tales circunstancias, que evidentemente nos dolerán una vez que hayamos muerto, nos pese mientras estamos vivos. Y así surge uno de los principios más importantes de la naturaleza humana, el pavor a la muerte, el gran veneno de la felicidad humana pero el gran frenillo ante la injusticia humana, que aflige y mortifica al individuo pero resguarda y protege a la sociedad.

## 2. Del placer de la simpatía mutua

Cualquiera sea la causa de la simpatía, cualquiera sea la manera en que sea generada, nada nos agrada más que comprobar que otras personas sienten las mismas emociones que lateen en nuestro corazón y nada nos disgusta más que observar lo contrario. Quienes son propensos a deducir todos nuestros sentimientos a partir de ciertas elaboraciones del amor propio no tienen ningún problema para explicar tanto ese placer como ese dolor de acuerdo con sus principios. Ellos aducen que el hombre, consciente de su propia debilidad y de su necesidad de contar con los demás, se regocija cuando verifica que ellos adoptan sus propias pasiones, porque así se asegura su colaboración, y se entristece cuando observa lo contrario, porque ello le garantiza su oposición. Pero tanto el placer como el dolor son experimentados siempre de forma tan instantánea, y a menudo bajo circunstancias tan frías, que parece evidente que no pueden derivarse de tales consideraciones sobre el propio interés. Un hombre

es humillado cuando intenta entretener a un grupo y comprueba que nadie ríe sus gracias salvo él mismo. En cambio, el buen humor del grupo le resulta sumamente agradable y considera que esta correspondencia de los sentimientos del grupo con los suyos equivale al mayor aplauso.

Tampoco parece que su placer surja totalmente, aunque sin duda sí en alguna medida, de la vivacidad adicional que su buen humor puede recibir a partir de la simpatía con el de ellos, ni su dolor de la desilusión que afronta cuando este placer se le escapa. Cuando hemos leído un libro o un poema tantas veces que ya no nos entretiene, aún nos puede agrandar el leerlo para otra persona. A sus ojos tendrá toda la gracia de la novedad, y nosotros podremos integrarnos en la sorpresa y admiración que le provoca naturalmente, pero que ya no puede estimular en nosotros; consideramos todas las ideas que plantea a la luz de lo que le parecen a la otra persona y no como nos parecen a nosotros, y estamos encantados por simpatía con su diversión, que así anima la nuestra. Por el contrario, nos molestaría si al otro el libro no le resultase entretenido y ya no podríamos obtener placer alguno por el hecho de leerlo. El caso es el mismo: la alegría del grupo sin duda anima la nuestra, y su silencio sin duda nos frustra. Pero aunque ello pueda contribuir tanto al placer que derivamos del primer caso como al dolor que experimentamos en el segundo, no es la única causa de ninguno de ellos, y esta correspondencia de los sentimientos de otros con los nuestros parece ser un motivo de placer, y su ausencia un motivo de dolor, que no pueden ser explicados de esa manera. La simpatía que mis amigos manifiestan ante mi gozo puede sin duda ser placentera para mí al incrementar esa felicidad; sin embargo, la que manifiestan ante mi aflicción no podría serme grata si sólo sirviese para acentuar mi tristeza. Pero la simpatía aviva el

regocijo y mitiga la pena. Anima la jovialidad al presentar otra fuente de satisfacción y alivia el dolor al insinuar al corazón casi la única sensación agradable que es capaz de percibir en ese momento.

Ha de observarse, por consiguiente, que estamos aún más deseosos de comunicar nuestras pasiones ingratas a nuestros amigos que nuestras pasiones gratas, que derivamos más satisfacción de su simpatía con las primeras que con las segundas, y que su ausencia ante aquellas nos escandaliza más que ante éstas.

¡De qué modo se sienten aliviados los infortunados cuando descubren una persona a la que pueden comunicar la causa de su aflicción! Con su simpatía parece que pueden descargarse de una parte de su desgracia: no es impropio afirmar que la comparte con ellos. No sólo siente una pena del mismo tipo que la de ellos sino que su sentimiento parece aminorar el peso de lo que sienten ellos, como si hubiese absorbido una parte para sí. Pero al relatar sus infortunios de alguna forma ellos renuevan su desdicha. Despiertan en su memoria el recuerdo de las circunstancias que desataron su aflicción. Sus lágrimas fluyen así más copiosamente que antes y son propensos a abandonarse a todas las debilidades del dolor. Mas todo ello les gusta y es eridante que les alivia, porque la dulzura de su simpatía compensa con creces la amargura de esa pena que, para dar lugar a dicha identificación, habían animado y renovado. En contraste, el insulto más cruel con que puede ofenderse a los infortunados es no hacer caso de sus calamidades. El parecer indiferente ante el regocijo de quienes nos rodean sólo es una falta de cortesía, pero no adoptar una expresión sería cuando nos cuentan sus desdichas es una verdadera y crasa falta de humanidad.

El amor es una pasión agradable y el enojo desagradable; así, no estamos ni la mitad de preocupados por que nuestros allegados adopten nuestra amistad como por

que ingresen en nuestro resentimiento. Podemos excusarnos por no parecer muy afectados ante los favores que podamos haber recibido, pero no seremos nada pacientes con ellos si se muestran indiferentes ante algún ultraje que se nos cause; no estaremos ni la mitad de enfadados con ellos por no merecer nuestra gratitud como por no simpatizar con nuestro enfado. Con facilidad pueden eludir ser amigos de nuestros amigos, pero difícilmente podrán evitar ser enemigos de nuestros oponentes. Rara vez nos irrita el que sean hostiles a los primeros, aunque con ese pretexto en ocasiones podemos simular un enojo con ellos, pero nos enfadamos muchísimo si son amigos de los segundos. Las pasiones gratas del amor y la alegría satisfacen y amparan el corazón sin necesidad de placer auxiliar alguno. Las emociones amargas y dolorosas de la pesadumbre y la animadversión requieren con más vehemencia el consuelo reparador de la simpatía.

Así como a la persona principalmente interesada en cualquier acontecimiento le place nuestra simpatía, y le hiere la ausencia de la misma, también a nosotros nos agrada el poder simpatizar con ella y nos duele cuando no somos capaces de hacerlo. No sólo vamos prestos a felicitar a quien tiene éxito sino también a consolar al afligido, y el placer que hallamos en la comunicación con alguien con el que podemos completamente simpatizar en todas las pasiones de su corazón parece compensar abundantemente el pesar del dolor específico que nos causa la contemplación de su situación. En cambio, sentir que no podemos identificarnos con esa persona es invariablemente fastidioso, y en vez de complacernos por quedar exentos de esa pena que la simpatía nos procura, nos lastima el comprobar que no podemos compartir sus molestias. Si oímos a alguien lamentarse en alta voz por su infelicidad, pero vemos que pontendonos en su lugar sus circunstancias no nos causarían un efecto tan violento, rechazamos

su dolor y al no poder asumirlo lo calificamos de pusilanimidad o endeblez. Por otro lado, nos deprime ver a otro demasiado feliz o exaltado ante cualquier pequeña muestra de buena fortuna. Su alegría nos disgusta y como no la compartimos la denominamos veleidad y desatino. Nos puede poner de mal humor el que alguien a nuestro lado ría con una broma de forma más sonora y prolongada de lo que creemos que la broma merece, es decir, de lo que pensamos que nos podríamos reír nosotros.

res. Es por eso difícil que la música imite a alguna de esas pasiones; y la que lo hace no es la más agradable. No sería inapropiado organizar todo un festejo sobre la base de la imitación de las pasiones sociales y apacibles. Extraña sería la fiesta que consistiese tan sólo en imitaciones del odio y el resentimiento.

Si tales pasiones son repelentes para el espectador, no lo son menos para la persona que las experimenta. El odio y la ira son el mayor veneno para la felicidad de una mente buena. En el sentimiento mismo de esas pasiones hay algo bronco, irritante y repulsivo, algo que rompe y perturba el ánimo, y es completamente devastador para esa compostura y serenidad de espíritu que es tan necesaria para la felicidad, y que es mejor promovida por las pasiones opuestas, por la gratitud y el amor. No es el valor de lo que pierden por la perfidia e ingratitud de quienes les rodean lo que más lamentan los desprendidos y humanitarios. Lo que sea que hayan perdido, generalmente podrán vivir felices sin tenerlo. Lo que los desasosiega más es la idea de la perfidia y la ingratitud ejercidas contra ellos, y las pasiones agresivas y desagradables que ellas promueven constituyen a su juicio la parte sustancial del daño que conllevan.

¿Cuántas cosas son indispensables para que el saciar el enfado sea completamente aceptable y para que el espectador simpatice cabalmente con nuestra venganza? Ante todo, la provocación debe ser tal que nos volveríamos despreciables y dignos de perpetuos insultos si no respondiésemos en alguna medida. Las ofensas pequeñas siempre es mejor pasarlas por alto; nada hay más vil que ese humor opositor y quisquilloso que se enciende ante la más mínima causa de conflicto. Debemos resentirnos más por un sentido de la corrección del enojo, un sentido de que la gente lo espera de nosotros y nos lo exige, que porque sintamos en nosotros mismos las furias de esa pa-

sión repelente. No hay otra pasión de la que sea capaz la mente humana sobre cuya justicia debamos ser tan recelosos, sobre cuyo ejercicio debamos consultar tan cuidadosamente nuestro sentido natural de la corrección, o considerar tan diligentemente cuáles serían los sentimientos del espectador desinteresado e imparcial. La magnanimidad, o la consideración al mantenimiento de nuestra posición y dignidad en la sociedad, es el único motivo que puede ennoblecer las manifestaciones de esa desagradable pasión. Tal motivo debe caracterizar el conjunto de nuestro estilo y proceder. Éstos deben ser llanos, abiertos y directos; decididos sin obstinación y elevados sin insolencia; no sólo sin petulancia ni burda grosería, sino generosos, francos y llenos de consideración, incluso hacia la persona que nos ha ofendido. Todos nuestros modales, en resumen, y sin pretender aparentarlo laboriosamente, deben indicar que la pasión no ha extinguido nuestra compasión; y que si cedemos a los dictados de la venganza, lo hacemos con desgana, por necesidad y como consecuencia de provocaciones copiosas y reiteradas. Cuando el encono está protegido y matizado de esta manera, puede admitirse que incluso es generoso y noble.

#### 4. De las pasiones sociales

Así como una simpatía dividida vuelve a todo el conjunto de pasiones antes mencionadas, la mayoría de las veces, tan desabridas y repelentes, existe otro conjunto opuesto, que una simpatía redoblada casi siempre conviene en particularmente gratas y apropiadas. La liberalidad, el humanitarismo, la amabilidad, la compasión, la amistad y estima recíprocas, todos los afectos sociales y benevolentes, cuando se manifiestan en el talante de nuestra conducta, incluso hacia quienes no están especialmente relacionados con nosotros, complacen al espectador indistinto en prácticamente toda ocasión. Su identificación con la persona que siente esas pasiones coincide puntualmente con su preocupación por la persona que es objeto de las mismas. El interés que, en tanto que ser humano, está obligado a abrigar por la felicidad de esta última, anima su simpatía con los sentimientos del otro, cuyas emociones se dirigen al mismo objeto. Por eso tenemos consistentemente la mayor disposición a simpatizar con los

sentimientos benevolos. Nos parecen agradables desde cualquier punto de vista. Asumimos la satisfacción tanto de la persona que los experimenta como de la que es objeto de ellos. Porque así como el ser objeto de odio e indignación proporciona más dolor que todo el mal que un hombre valiente puede temer de sus enemigos, existe una satisfacción por la conciencia de ser querido, que en una persona delicada y sensible es más importante para su felicidad que todos los beneficios que pueda derivar de ella. ¿Qué personalidad hay más detestable que la de quien obtiene placer sembrando cizaña entre amigos y convirtiendo su tierno afecto en odio mortal? Pero ¿en dónde radica la atrocidad de este agravio tan aborrecido? ¿Acaso en el privarlos de los frívolos buenos oficios que de haber continuado su amistad podrían esperar uno de otro? Radica en privarlos de la amistad misma, en robarles el afecto del otro, del que ambos derivaban tanta satisfacción; radica en la perturbación de la armonía de sus corazones y en la finalización de ese intercambio feliz que antes se entablaba entre ellos. No sólo los tiernos y delicados sino también los hombres más groseros y vulgares perciben que esos afectos, esa armonía, ese intercambio, son más importantes para la felicidad que todos los pequeños servicios que cabría esperar que fluyeran desde ellos.

El sentimiento del amor es en sí mismo placentero para la persona que lo experimenta. Sosiega y alivia el ánimo, parece favorecer los movimientos vitales y promover el estado saludable de la constitución humana, y se vuelve aún más delicioso merced a la conciencia de la gratitud y satisfacción que debe estimular en quien sea objeto del mismo. La consideración mutua convierte a los enamorados en felices recíprocamente, y la simpatía, junto a esta consideración recíproca, los torna aceptables para cualquier otra persona. Miramos con gran placer a una familia

donde reina el amor y la estima mutuos, donde los padres y los hijos son compañeros, sin otra diferencia que la derivada del afecto respetuoso por una parte y la amable indulgencia por la otra; donde la libertad y el afecto, las bromas y el cariño recíprocos, muestran que ninguna fractura de intereses divide a los hermanos, que ningún trato de favor discrimina a las hermanas, y que todo nos representa la noción de paz, alegría, armonía y contento. En cambio, nos sentimos muy incómodos cuando entramos en una casa donde un irritante conflicto enfrenta a una mitad de los que allí habitan contra la otra mitad, donde bajo una complacencia y suavidad afectadas hay miradas recelosas y arrebatos súbitos de pasión que revelan los celos recíprocos que los consumen y que en cualquier momento pueden saltar a pesar de todas las restricciones impuestas por la presencia de otros.

Esas pasiones atables, incluso cuando se reconoce que son excesivas, nunca son contempladas con aversión. Hay algo agradable incluso en la amistad y la benignidad más endebles. La madre demasiado cariñosa, el padre demasiado indulgente, el amigo demasiado desinteresado y afectuoso, quizás puedan a veces, por la blandura de sus personalidades, ser contemplados con una especie de lástima en la cual, sin embargo, late una mezcla de amor; nunca serán contemplados con odio ni aversión, ni siquiera con desprecio, salvo por los hombres más brutales e indignos. Podemos reprocharles la extravagancia de sus relaciones, pero siempre lo haremos con preocupación simpática y amabilidad. Hay un desamparo en la naturaleza del humanitarismo extremo que atrae nuestra compasión más que ninguna otra cosa. Nada hay en él que lo convierta en toso o repelente. Sólo lamentamos que no encaje bien con el mundo, porque el mundo no lo merece, y porque debe exponer a la persona dotada con él a ser presa de la perfidia e ingratitud de las falsas insinua-

ciones y a mil dolores y sinsabores que merece menos que todos los hombres, y que además entre todos los hombres es generalmente el menos capaz de sobrellevarlos. El caso es muy dispar con el odio y el resentimiento. Una propensión demasiado vehementemente hacia esas pasiones detestables hace que la persona sea objeto de pavor y aborrecimiento universales, y que pensemos que como una bestia salvaje debería ser expulsada de toda sociedad civil.

## 5. De las pasiones egoístas

Además de esos dos conjuntos opuestos de pasiones, sociales y antisociales, hay otro que se sitúa en una posición intermedia; nunca resulta tan grato como es en ocasiones el primer conjunto, y tampoco es tan abominable como a veces lo es el segundo. El pesar y el gozo, cuando son concebidos a partir de nuestra propia fortuna particular mala o buena, constituyen ese tercer grupo de pasiones. Incluso cuando son excesivos, nunca resultan tan repelentes como el rencor excesivo, porque no puede haber nunca una simpatía opuesta que nos interese en contra de ellos; y cuando se ajustan perfectamente a sus objetivos, nunca resultan tan placenteros como el humanitarismo imparcial y la justa benevolencia, porque nunca puede haber una simpatía doble que nos interese en su favor. Existe asimismo una diferencia entre el pesar y el gozo: estamos generalmente más dispuestos a simpatizar con pequeñas alegrías y grandes pesadumbres. La persona que gracias a un súbito golpe de suerte pasa de pronto a un

nivel de vida muy superior al que tenía antes puede estar segura de que las felicitaciones de sus mejores amigos no son todas ellas completamente sinceras. Un advenedizo, aunque tenga todos los méritos, es por regla general alguien desagradable, y un sentimiento de envidia normalmente nos impide simpatizar cordialmente con su regocijo. Si tiene una mínima inteligencia es consciente de ello, y en vez de parecer engreído con su buena fortuna, procura en todo lo posible sofocar su alborozo y encubrir la exaltación que sus nuevas circunstancias naturalmente le inspiran. Mantiene la misma sencillez en su vestimenta y la misma modestia en su conducta que correspondían a su posición anterior. Redobla sus atenciones hacia sus viejos amigos y se esfuerza más que nunca por ser humilde, diligente y complaciente. Y tal es el comportamiento que en su situación aprobamos más, porque parece que esperamos que él tenga más simpatía con nuestra envidia y aversión hacia su felicidad, que la que nosotros tenemos con su alegría. A pesar de todo, es raro que tenga éxito. Sosepecharemos de la sinceridad de su humildad y a él le molestará esta restricción. Al poco tiempo, entonces, abandonará a todos sus antiguos amigos, salvo quizá algunos de los más indignos que condescenderán en transformarse en dependientes de él, y no siempre adquirirá amigos nuevos; el orgullo de sus nuevas relaciones se verá tan afrentado al comprobar que es un igual como el de sus relaciones previas lo fue al comprobar que era un superior, y se necesita una modestia sumamente obstinada y perseverante para reparar esta humillación en ambos casos. En general tenderá pronto a volverse fastidioso y se encolerizará ante el hosco y receloso orgullo de los primeros y el desden insolente de los segundos, tratará a aquéllos con indiferencia y a éstos con arrogancia, y finalmente perderá la estima de todos. Si la parte principal de la felicidad humana estriba en la conciencia de ser querido, como yo

creo que ocurre en realidad, esos cambios abruptos de fortuna rara vez contribuyen mucho a la felicidad. Estará más contento quien progresa gradualmente hacia la grandeza, a quien el público destina a cada etapa de su promoción mucho antes de que la alcance, y en quien, por eso mismo, cuando ello se produce no puede provocar un regocijo extravagante y que no puede razonablemente amar ni el celo de aquellos que alcanza ni la envidia de quienes deja atrás.

Los seres humanos simpatizan más fácilmente con las pequeñas alegrías que fluyen de causas menos importantes. Es decente ser humilde en el medio de una gran prosperidad, pero no podemos expresar demasiada satisfacción con todos los insignificantes sucesos de la vida cotidiana, con las personas con quienes estuvimos la noche anterior, con las diversiones que disfrutamos, con lo que se dijo e hizo, con todos los pequeños incidentes de la conversación presente y todas las frivolas minucias que llenan el vacío de la vida humana. Nada es más grato que el buen humor habitual, que se funda siempre en una apatencia peculiar por los pequeños placeres que proporcionan los acontecimientos normales. Estramos prestos a identificarnos con él: nos inspira el mismo contento y hace que cada frustración revista para nosotros el mismo aspecto agradable con el cual se presenta ante la persona dotada de esta feliz disposición. Por eso la juventud, la edad festiva, atrae tan fácilmente nuestros afectos. Esa propensión a la alegría que parece animar hasta las flores y centellea desde los ojos de la juventud y la belleza, aunque sea en una persona del mismo sexo, impulsa incluso a los ancianos hacia un humor más júbilo de lo común. Olvidan por un momento sus enfermedades y se entregan a las gratas ideas y emociones que durante tanto tiempo les han sido extrañas pero que, cuando la presencia de tanta felicidad hace que las evocuen en sus corazones,

ocupan su lugar allí, como viejas conocidas que lamentan haber perdido y por esa razón abrazan más entusiastamente tras esa prolongada separación.

El caso de la aflicción es bastante diferente. Las pequeñas molestias no promueven simpatía alguna, pero un profundo pesar la anima en alto grado. El hombre que se inquieta ante cualquier incidente incómodo, que se ofende si el cocinero o el mayordomo incumplen la fracción más irrelevante de sus tareas, que graba cada defecto en el más conspicuo ceremonial de la urbanidad, sea que le afecte a él mismo o a cualquier otra persona, que toma a mal el que un amigo íntimo no le diga buenos días cuando lo ve por la mañana o que su hermano silbe una tonada cuando él está contando algo, a quien saca de sus casillas el mal tiempo cuando está en el campo, o el estado de las carreteras cuando va de viaje, o la falta de compañía y el tedio de todas las diversiones públicas cuando está en la ciudad, un hombre así, aunque pueda tener sus razones, rara vez se topará con mucha simpatía. La alegría es una emoción placentera y con gusto nos entregamos a ella en cualquier ocasión. Por ello, simpatizamos fácilmente con la misma en otras personas, siempre que no padezcan el prejuicio de la envidia. Pero la aflicción es penosa y la mente, incluso cuando se trata de nuestro propio infortunio, naturalmente la resiste y rechaza. Procuramos o bien no concebirla en absoluto o bien desprendernos de ella lo antes posible. Nuestra aversión a la tristeza no nos impedirá en todos los casos, por supuesto, concebirla con respecto a nosotros mismos ante motivaciones badíes, pero constantemente nos impide simpatizar con ella en el caso de otras personas, cuando emerge a partir de causas análogamente frivolas: ello es así porque nuestras pasiones simpatizadoras son siempre menos irresistibles que las originales. Asimismo, hay en los seres humanos una malicia que no sólo bloquea la simpatía ante pequeñas moles-

tias sino que las vuelve incluso divertidas. De ahí el deleite que experimentamos cuando todos participamos en una broma, ante el moderado vejamen que observamos cuando un compañero es importunado, acosado y ridiculizado desde todos los frentes. Las personas con una educación normal disimulan la incomodidad que les provoca cualquier pequeño incidente; las que están más cabalmente integradas en la sociedad convierten por su propia cuenta todos esos incidentes en bromas, tal y como saben que harán sus compañeros. La costumbre que las personas de mundo adquieren de considerar cómo cada cosa que les afecta aparecerá a los ojos de otros hace que todas estas frívolas calamidades les resulten tan ridículas como ciertamente les resultarán a los demás.

Por el contrario, nuestra simpatía con la desdicha profunda es muy intensa y muy sincera. No es necesario abundar en ejemplos. Lloramos incluso ante la representación imaginaria de una tragedia. Por tanto, si sufre usted una calamidad especial, si por una desgracia extraordinaria cae usted en la pobreza, la enfermedad, la deshonra y el desengaño, aunque todo pueda haber sido en parte su propia culpa, a pesar de ello puede usted en general confiar en la más sincera simpatía de todos sus amigos y, en la medida en que el interés y el honor lo permitan, también en su ayuda más afectuosa. Pero si su infortunio no es de una categoría tan tremenda, si apenas ha sufrido su ambición una minúscula contrariedad, si lo único que ha ocurrido es que su amante le ha dado calabazas, o si es usted un gurrumino, ya puede usted contar con que todos sus conocidos le tomarán el pelo.

*De los efectos de la prosperidad  
y la adversidad sobre el juicio de las personas  
con respecto a la corrección de la conducta  
y de por qué es más sencillo obtener  
su aprobación en un caso que en el otro*

## 2. Del sentido de la justicia, del remordimiento y de la conciencia del mérito

No puede haber un motivo correcto para dañar a nuestro prójimo, no puede haber una incitación a hacer mal a otro que los seres humanos puedan asumir, excepto la justa indignación por el daño que otro nos haya hecho. El perturbar su felicidad sólo porque obstruye el camino hacia la nuestra, el quitarle lo que es realmente útil para él meramente porque puede ser tanto o más útil para nosotros, o dejarse dominar así a expensas de los demás por la preferencia natural que cada persona tiene por su propia felicidad antes que por la de otros, es algo que ningún espectador imparcial podrá admitir. Es indudable que por naturaleza cada persona debe primero y principalmente cuidar de sí misma, y como cada ser humano está preparado para cuidar de sí mejor que ninguna otra persona, es adecuado y correcto que así sea. Por tanto, cada individuo está mucho más profundamente interesado en lo que le preocupa de inmediato a él que en lo que inquieta a algún otro hombre [parte VI, sec. II, cap. 1]; y el tener no-

La teoría de los sentimientos morales

ticias por ejemplo de la muerte de otra persona, con la que no tenemos una relación especial, nos preocupará menos, nos estropeará la digestión o interrumpirá nuestro descanso mucho menos que cualquier insignificante sobresalto que hayamos sufrido. Pero aunque la ruina de nuestro vecino nos pueda afectar mucho menos que un pequeño infortunio propio, no debemos destruirlo a él para prevenir dicho infortunio y ni siquiera para prevenir nuestra propia ruina. En este caso, como en todos los demás, debemos analizarlos no tanto a la luz con la que naturalmente nos ven a nosotros mismos sino con la que naturalmente nos ven los demás. Aunque cada hombre pueda ser, como reza el proverbio, todo el mundo para sí mismo, para el resto de los humanos es una fracción sumamente insignificante. Aunque su propia felicidad pueda ser más importante para él que la de todo el mundo, para toda otra persona no tiene más significación que la de cualquier otro hombre. Por tanto, aunque puede ser verdad que cada individuo, en su propio corazón, se prefiriere naturalmente a toda la humanidad, sin embargo no osará mirar a los seres humanos a la cara y declarar que actúa según este principio. Siente que jamás podrán aceptar tal preferencia, y que por más natural que le parezca, a ellos invariablemente les parecerá excesiva y extravagante. Cuando se analiza desde la perspectiva desde la que es consciente que otros lo ven, comprende que para ellos él es sólo uno más de la multitud, en ningún aspecto mejor que ningún otro integrante de la misma. Para actuar de forma tal que el espectador imparcial pueda adoptar los principios de su proceder, que es lo que más desea, deberá en ésta como en todas las demás ocasiones moderar la arrogancia de su amor propio y atenuarlo hasta el punto en que las demás personas puedan acompañarlo. Éstas lo aceptarían tanto como para permitirle estar más preocupado por su propia felicidad que por la de

ningún otro, y perseguirla con más intensa asiduidad. En esa medida, cada vez que se pongan en su lugar, podrán asumir su situación. En la carrera hacia la riqueza, los honores y las promociones, él podrá correr con todas sus fuerzas, tensando cada nervio y cada músculo para dejar atrás a todos sus rivales. Pero si empuja o derriba a alguno, la indulgencia de los espectadores se esfuma. Se trata de una violación del juego limpio, que no podrán aceptar. Para ellos este hombre es tan bueno como este otro que ha derribado; ellos no asumen ese amor propio merced al cual él se prefiere a sí mismo tanto más que al otro, y no pueden adherirse a las motivaciones que le llevaron a causarle daño. Por tanto, estarán prontos a simpatizar con el resentimiento natural del agredido, y el agresor se vuelve el objetivo de su odio e indignación. El es consciente de ello y se da cuenta de que esos sentimientos están listos para estallar desde todos lados en su contra.

Cuanto mayor y más irremparable sea el ultraje, el enojo de la víctima será naturalmente mayor; otro tanto sucederá con la indignación simpatizadora del espectador y también con el sentimiento de culpa del agente. La muerte es el máximo mal que una persona puede infligir a otra y estimula el mayor grado de rencor entre los más inmediatamente allegados al fallecido. Por tanto, el asesinato es el más atroz de todos los crímenes que afectan a los individuos, tanto a los ojos de la humanidad como a los de la persona que lo comete. El vemos privados de lo que poseemos es un perjuicio mayor que el de quedar frustrados en lo que sólo era una expectativa. La violación de la propiedad, por ende, el hurto y el robo, que nos arrebatan lo que poseemos, son delitos más graves que el incumplimiento de los contratos, que sólo nos frustra en lo que esperábamos. Las más sagradas leyes de la justicia, en consecuencia, aquellas cuyo quebrantamiento clama a gritos por venganza y castigo, son las leyes que protegen la vida y la persona de nuestro próxi-

mo; las siguientes son aquellas que protegen su propiedad y posesiones, y al final están las que protegen lo que se denominan sus derechos personales o lo que se le debe por promesas formuladas por otros.

El violador de las más sagradas leyes de la justicia nunca puede deliberar sobre los sentimientos que las personas tienen hacia él sin experimentar las agonías de la vergüenza, el horror y la consternación. Cuando su pasión es saciada y él comienza a reflexionar sobre su comportamiento pasado, no puede admitir ninguna de las motivaciones que lo influyeron. Le parecen tan detestables a él ahora como lo han sido siempre para la otra gente. Al simpatizar con el odio y el aborrecimiento que otras personas deben sentir hacia él, se transforma en alguna medida en el objetivo de su propio odio y aborrecimiento. La situación de la persona que sufrió merced a su injusticia, ahora enciende su piedad. Le lastima el pensarlo, lamenta los efectos infelices de su conducta y al mismo tiempo piensa que lo han convertido en el objeto idóneo del rencor y la indignación de la especie humana, y de lo que es la consecuencia natural del resentimiento: el desagravio y la sanción. Esta idea lo acosa sin tregua y lo llena de terror y confusión. No osa mirar a la sociedad a la cara y se imagina por así decirlo rechazado y expulsado de los afectos de todo el género humano. No le cabe esperar consuelo de la simpatía con ésta, su mayor y más temible desdicha. El recuerdo de sus crímenes ha clausurado toda solidaridad con él en los corazones de sus semejantes. Los sentimientos que experimentan hacia él son precisamente lo que más teme. Todo le semeja hostil y con gusto volaría hasta un desierto inhóspito donde nunca más contemplaría el rostro de un ser humano, ni detectaría en el semblante de la humanidad la condena por sus crímenes. Pero la soledad es aún más espantosa que la sociedad. Sus pensamientos no pueden aportarle nada que no sea tenebro-

so, desgraciado y desastroso, los presagios melancólicos de una miseria y una ruina infinitas. El horror de la soledad lo empuja otra vez a la sociedad y nuevamente está en presencia de los seres humanos, atónito por aparecer ante ellos, abrumado por la vergüenza y confundido por el temor, y suplica una ligera protección aprobada por los mismos jueces que él sabe que ya lo han condenado únicamente. Tal es la naturaleza de ese sentimiento que con propiedad se denomina remordimiento; de todos los sentimientos que puede abrigar el corazón humano, es el más temible. Está formado por la vergüenza y por el sentido de la impropiedad del comportamiento pasado, por la aflicción ante sus consecuencias, por la compasión hacia los que las han sufrido y por el pavor y el terror ante la pena, a partir de la conciencia del encono justamente provocado en todas las criaturas racionales.

La conducta opuesta inspira naturalmente el sentimiento opuesto. La persona que no por caprichos frívolos sino por móviles correctos ha realizado una acción generosa, cuando piensa en quienes ha servido se siente el objetivo natural de su aprecio y gratitud y, por simpatía hacia ellos, de la estima y aprobación de toda la humanidad. Y cuando mira atrás hacia las motivaciones por las que actuó, y las repasa a la misma luz con que las repararía un espectador indiferente, él aún las asume y se congratula por simpatía con la aprobación de ese supuesto juez imparcial. Desde ambos puntos de vista su proceder le parece en todo agradable. Cuando piensa en ello, su mente se llena de alegría, serenidad y compostura. Establece una amistad y una armonía con toda la humanidad y contempla a sus semejantes con confianza y benevolencia satisfacción, seguro de haberse hecho digno de sus consideraciones más favorables. En la combinación de todos estos sentimientos consiste la conciencia del mérito o de la recompensa merecida.

### 3. De la utilidad de esta constitución de la naturaleza

Así sucede que el ser humano, que sólo puede subsistir en sociedad, fue preparado por la naturaleza para el contexto al que estaba destinado. Todos los miembros de la sociedad humana necesitan de la asistencia de los demás y de igual forma se hallan expuestos a menoscabos recíprocos. Cuando la ayuda necesaria es mutuamente proporcionada por el amor, la gratitud, la amistad y la estima, la sociedad florece y es feliz. Todos sus integrantes están unidos por los gratos lazos del amor y el afecto, y son por así decirlo impulsados hacia un centro común de buenos oficios mutuos.

Pero aunque la asistencia necesaria no sea prestada por esos motivos tan generosos y desinteresados, aunque entre los distintos miembros de la sociedad no haya amor y afecto recíprocos, la sociedad, aunque menos feliz y grata, no necesariamente será disueta. La sociedad de personas distintas puede subsistir, como la de comerciantes distintos, en razón de su utilidad, sin ningún amor o afecto.

to mutuo; y aunque en ella ninguna persona debe favor alguno o está en deuda de gratitud con nadie, la sociedad podría sostenerse a través de un intercambio mercenario de buenos oficios de acuerdo con una evaluación consensuada.

Pero la sociedad nunca puede subsistir entre quienes están constantemente prestos a herir y dañar a otros. Al punto en que empieza el menoscabo, el rencor y la animadversión recíprocos aparecerán, todos los lazos de unión saltarán en pedazos y los diferentes miembros de la sociedad serán por así decirlo disipados y esparcidos por la violencia y oposición de sus afectos discordantes. Si hay sociedades entre ladrones y asesinos, al menos deben abstenerse, como se dice comúnmente, de robarse y asesinarse entre ellos. La beneficencia, por tanto, es menos esencial para la existencia de la sociedad que la justicia. La sociedad puede mantenerse sin beneficencia, aunque no en la situación más comfortable; pero si prevalece la injusticia, su destrucción será completa.

Así, aunque la naturaleza exhorta a las personas a obrar benéficamente, por la placentera conciencia de la recompensa merecida, no ha juzgado necesario vigilar y forzar esa práctica mediante el terror del escarmiento merecido en caso de su omisión. Es el adorno que embellece el edificio, no la base que lo sostiene; y por ello bastaba con recomendarlo y no era en absoluto indispensable imponerlo. La justicia, en cambio, es el pilar fundamental en el que se apoya todo el edificio. Si desaparece entonces el inmenso tejido de la sociedad humana, esa red cuya construcción y sostenimiento parece haber sido en este mundo, por así decirlo, la preocupación especial y cariñosa de la naturaleza, en un momento será pulverizada en átomos. Para garantizar la observancia de la justicia, en consecuencia, la naturaleza ha implantado en el corazón humano esa conciencia del desmerecimiento, esos terrores

del castigo merecido que acompañan a su quebrantamiento, como las principales salvaguardias de la asociación de los seres humanos, para proteger al débil, sujetar al violento y sancionar al culpable. Aunque los hombres tienen simpatía natural, sienten muy poco hacia alguien con quien no mantienen una conexión especial en comparación con lo que sienten hacia sí mismos; la miseria de alguien que sólo es un semejante resulta de importancia insignificante para ellos en comparación a una minúscula comodidad propia; gozan de un considerable poder para hacerle daño y pueden tener tantas tentaciones de hacerlo que si ese principio no se interpusiera entre ellos en defensa del débil y los intimidara para respetar su inocencia estarían permanentemente listos para atacarlo, como bestias salvajes; en tales circunstancias una persona entraría a una asamblea de personas igual que a una jaula de leones.

En todo el universo vemos cómo los medios se ajustan con esmerado artificio a los fines que están destinados a producir; y en el mecanismo de una planta o un cuerpo animal admiramos cómo cada cosa es diseñada para alcanzar los dos mayores propósitos de la naturaleza, el mantenimiento del individuo y la propagación de la especie. Pero en estos objetos y en todos los otros parecidos distinguimos las causas eficiente y final de sus diversos movimientos y organizaciones. La digestión de la comida, la circulación de la sangre y la secreción de los distintos jugos que de allí derivan son todas ellas operaciones necesarias para los grandes objetivos de la vida animal. Pero nunca procuramos explicarnos a partir de esos objetivos sino de sus causas eficientes, ni nos imaginamos que la sangre circula y la comida es digerida por su propia cuenta, y con vistas a o la intención de alcanzar los objetivos de la circulación o la digestión. Las ruedas del reloj están todas ellas admirablemente ajustadas al fin para el que han sido hechas: indicar la hora. Todos sus múltiples

movimientos conspiran escrupulosamente para producir ese efecto. No podrían hacerlo mejor si estuvieran dotados de un deseo o intención de conseguirlo. Pero nunca les atribuimos a ellos ningún deseo o intención, sino al relojero, y sabemos que son puestas en movimiento por la acción de un resorte, cuyas intenciones con relación al efecto que genera son tan pequeñas como las suyas. Aunque al explicar las operaciones de los cuerpos siempre distinguimos de esa forma la causa eficiente de la causa final, al dar cuenta de las de la mente somos propensos a confundirlas. Cuando principios naturales nos impulsan a promover fines que una razón refinada e ilustrada nos aconsejarían, tenemos la tendencia a imputar a esa razón, en tanto que causa eficiente, los sentimientos y acciones mediante los cuales promovemos dichos fines, y a imaginar que es sabiduría del hombre lo que en realidad es sabiduría de Dios. En una visión superficial esa causa parece suficiente para producir los efectos que se le adscriben, y el sistema de la naturaleza humana parece ser más simple y aceptable cuando todas sus diversas operaciones son de ese modo deducidas de un solo principio.

Así como la sociedad no puede conservarse si las leyes de la justicia no son tolerablemente respetadas, así como no puede tener lugar una relación social entre personas que por regla general no se abstienen de lesionarse mutuamente, se ha pensado que la consideración de esta necesidad fue la base sobre la cual hemos aprobado la aplicación de las leyes de la justicia mediante el castigo de quienes las violan [David Hume]. Se ha dicho que el hombre siente un aprecio natural por la sociedad y desea que la unión del género humano sea preservada porque es ella misma un bien y aunque él no obtenga beneficio alguno. El estado ordenado y floreciente de la sociedad le resulta grato y disfruta contemplándolo. El desorden y la confusión, en cambio, son objeto de su aversión y lamen-

ta todo lo que tienda a generarlos. Es consciente también de que su propio interés está conectado con la prosperidad de la sociedad y que su felicidad, quizá la preservación de su existencia, depende de la preservación de aquélla. Desde todos los puntos de vista, entonces, aborrece cualquier cosa que pueda tender a destruir la sociedad, y está dispuesto a recurrir a cualquier medio para impedir una eventualidad tan odiada y temida. La injusticia necesariamente tiende a destruirla. De ahí que cualquier signo de injusticia lo alarma y acude presto, por así decirlo, a bloquear el avance de lo que, de proseguir sin freno, rápidamente terminaría con todo lo que él aprecia. Si no puede contentarlo a través de medios amables y apacibles, lo derribará por la fuerza y con violencia, pero en todo caso deberá interrumpir su evolución ulterior. Por ello, se dice, suele aprobar la aplicación de las leyes de la justicia incluso mediante la pena capital de quienes las quebrantan. Quien perturba el orden público es así expulsado de este mundo y otros quedan aterrORIZADOS por su suerte y no siguen su ejemplo.

Tal la explicación habitual de nuestra aprobación de las penas por la injusticia. Y se trata de una explicación indudablemente acertada, en la medida en que solemos tener ocasión de confirmar nuestro sentido natural de la corrección y conveniencia de las penas al reflexionar hasta qué punto son necesarias para la preservación del orden social. Cuando el culpable está a punto de sufrir ese justo castigo que la indignación natural le informa que merecen sus delitos, cuando la insolencia de su injusticia es quebrada y humillada por el pánico ante su inminente castigo, cuando deja de ser objeto de temor, empieza a ser para los generosos y humanitarios objeto de piedad. La idea de lo que está próximo a sufrir extingue su resentimiento por los padecimientos que ha provocado en otros. Están dispuestos a disculparlo y perdonarlo y salvarlo de

la pena que antes, con frialdad, habían calificado de justa retribución ante tales ofensas. Aquí, entonces, deben recurrir a la consideración del interés general de la sociedad. Compensan el impulso de esa benevolencia endeble y parcial con los dictados de una benevolencia más generosa y comprensiva. Argumentan que la misericordia hacia el culpable equivale a la crueldad hacia el inocente, y oponen las emociones de la compasión que sienten por una persona en concreto con una compasión más amplia que sienten hacia el género humano.

A veces debemos defender la corrección de la observancia de las reglas generales de la justicia en consideración a su necesidad para sostener la sociedad. Con frecuencia oímos a los jóvenes y los disolutos ridiculizar las más sagradas normas morales y profesar, en ocasiones por la corrupción pero más a menudo por la vanidad de sus corazones, las más abominables máximas de conducta. Bulle nuestra indignación y estamos impacientes por refutar y desmascarar tan detestables principios. Pero aunque lo que originalmente nos inflama en su contra es su intrínseca malignidad y odiosidad, nos negamos a reconocer que los condenamos exclusivamente por esa razón, o a pretender que es meramente porque nosotros mismos los abominamos y detestamos. Pensamos que esa razón no es concluyente. Sin embargo, ¿por qué no iba a serlo, si los odiamos y rechazamos porque son objetos naturales del odio y el rechazo? Ocurre que cuando nos preguntan por qué no debemos actuar de tal o cual manera, la pregunta misma parece suponer que a los ojos de quienes la formulan esa forma de comportarse no es de por sí el objetivo natural y apropiado de esos sentimientos. Hay que demostrar, por consiguiente, que ello debe ser así por alguna otra razón. Por tal motivo generalmente echamos una ojeada en derredor en busca de argumentos adicionales y la consideración que primero nos asalta es el desor-

den y la confusión de la sociedad que sobrevendrían ante el predominio generalizado de tales prácticas. Rara vez dejamos de insistir sobre este tema.

Pero aunque habitualmente no se requiere mucha inteligencia para percibir la tendencia destructiva de todas las costumbres licenciosas para el bienestar social, es poco frecuente que sea tal consideración la que primero nos anima en contra de ellas. Todas las personas, incluso las más estúpidas e irreflexivas, aborrecen la trapecería, la perfidia y la injusticia, y les satisface el verlas sancionadas. Pero son contadas las personas que han reflexionado sobre la necesidad de la justicia para la existencia de la sociedad, por obvia que dicha necesidad parezca.

El que no es el cuidado de la preservación de la sociedad lo que originalmente nos mueve a interesarnos en el escarmiento de los delitos cometidos contra las personas puede ser demostrado por varios razonamientos elementales. En la mayoría de los casos, nuestra preocupación por la fortuna y felicidad de los individuos no surge de nuestra participación en la fortuna y felicidad de la sociedad. La ruina o el perjuicio de un solo hombre no nos inquieta en tanto que es miembro o parte de la sociedad, igual que no nos preocupa la pérdida de una sola guinea porque sea una parte de mil guineas y porque debamos estar afectados por la pérdida de todas ellas. En ninguno de estos casos nuestra atención a los individuos deriva de nuestra atención a la multitud, pero en ambos nuestra consideración a la multitud es algo compuesto e integrado por las consideraciones particulares que sentimos hacia los distintos individuos que la componen. Cuando injustamente nos quitan una pequeña suma no iniciamos una batalla legal porque temamos por la preservación del conjunto de nuestra fortuna sino por una preocupación por esa suma concreta que hemos perdido; así, cuando un hombre es dañado o aniquilado demandamos un escar-

nimiento no tanto con vistas al interés general de la sociedad como por él mismo, por el individuo en cuestión que ha sido damnificado. Hay que tener en cuenta, además, que esta preocupación no incluye necesariamente ningún grado de esos sentimientos profundos denominados comúnmente amor, estima y afecto, y mediante los cuales distinguimos a nuestros amigos y conocidos. La inquietud necesaria no va más allá de esa solidaridad general que tenemos con toda persona simplemente porque es un semejante. Asumimos incluso el resentimiento de una persona odiosa, cuando es dañada por terceros a quienes no ha provocado. Nuestra reprobación de su carácter y conducta habituales no nos impide totalmente solidarizarnos con su indignación natural; aunque bien pueda ser frustrada en el caso de los que no son sumamente francos o los que no han sido acostumbrados a corregir y regular sus sentimientos naturales por la vía de las normas generales.

Es verdad que en algunas oportunidades sancionamos y aprobamos el escarmiento sólo atendiendo al interés general de la sociedad, que a nuestro juicio no podría ser garantizado de otra forma. Tal es el caso de las penas infligidas por quebrantamientos de lo que se llama policía civil o disciplina militar. Tales delitos no dañan de forma inmediata o directa a ninguna persona en particular, pero se supone que sus consecuencias remotas producen o pueden producir un inconveniente considerable o un gran desorden en la sociedad. Por ejemplo, un centinela que se duerme mientras está de guardia sufre la pena de muerte según las leyes marciales, porque tal negligencia puede poner en peligro a todo el ejército. Tanta severidad puede muchas veces ser necesaria y por ello justa y apropiada. Cuando la preservación de un individuo es incompatible con la seguridad de una multitud, nada puede ser más justo que preferir a muchos antes que a uno. Pero

esta sanción, por necesaria que sea, siempre parece excesivamente severa. La atrocidad natural de la falta parece tan pequeña y el escarmiento tan grande que es muy difícil que nuestro corazón se reconcilie con él. Aunque dicho descuido es muy grave, el pensar en su delito no suscita naturalmente un rencor tal que nos impulse a adoptar un desquite tan terrible. Una persona humanitaria deberá concentrarse, esforzarse y ejercitar toda su perseverancia y decisión antes de poder infligirlo o aceptarlo cuando lo infligen otros. Mas no se planteará del mismo modo el justo castigo de un repugnante asesino o parricida. En este caso su corazón aplaude con ardor, incluso con arrebatado, la justa represalia que parece debida a crímenes tan detestables, y que si por cualquier accidente resulta eludida se encolerizará y frustrará en grado sumo. Los sentimientos tan dispares con los que el espectador contempla esas penas distintas demuestran que su aprobación de la una está lejos de fundarse sobre los mismos principios que la de la otra. Cree que el centinela es una víctima desdichada que sin duda debe ser y es justo que sea condenado en función de la seguridad de la mayoría, pero que en el fondo de su corazón le gustaría salvar; sólo puede lamentar que el interés de la mayoría se oponga. Pero si el asesino escapa del castigo, ello suscitará su máxima ira y llamará a Dios para que venga en otro mundo el crimen que la injusticia humana ha dejado de sancionar en la tierra.

Es menester subrayar que estamos tan lejos de imaginar que la injusticia debe ser castigada en esta vida sólo con miras al orden de la sociedad, que en caso contrario no podría mantenerse, que la naturaleza nos enseña a confiar y suponemos que la religión nos autoriza a esperar que será sancionada incluso en una vida futura. Nuestro sentido de su desmerecimiento la persigue, por así decirlo, más allá de su tumba, aunque el ejemplo de su escarmiento allí no pueda servir para disuadir al resto de

la humanidad, dado que no lo ve ni lo conoce, de incurrir en prácticas análogas aquí. Pero pensamos que la justicia de Dios requiere en todo caso que venga allí los sufrimientos de las viudas y los huérfanos, que son aquí tan a menudo impunemente ultrajados. Por tal razón en todas las religiones, y en todas las supersticiones de las que el mundo ha sido testigo, ha habido un Tártaro y un Eliseo; un lugar destinado al castigo de los perversos y un lugar preparado para la recompensa de los justos.

tanita junto a la cual escribo, y semeja desproporcionadamente más reducido que la habitación en la que yo me encuentro. La única forma en que puedo establecer una comparación adecuada entre esos vastos objetos y las cosas menudas que me rodean es trasportarme, al menos en la imaginación, a un lugar distinto, desde el que pueda contemplarlos a ambos a distancias virtualmente idénticas, y así poder formarme una opinión sobre sus proporciones genuinas. El hábito y la experiencia me han enseñado a hacerlo de forma tan sencilla y pronta que apenas me doy cuenta de que lo hago; y una persona debe estar en cierta medida familiarizada con la filosofía de la visión antes de que pueda convencerse cabalmente de lo diminutos que parecerían esos objetos lejanos si la imaginación, a partir del conocimiento de sus magnitudes reales, no los expandiera y dilata.

Del mismo modo, para las pasiones egoístas y primarias de la naturaleza humana, la pérdida o ganancia del más pequeño de nuestros intereses nos parece de una importancia vastamente superior, da lugar a un regocijo o una aflicción mucho más apasionados, un deseo o una aversión mucho más ardientes, que la máxima preocupación de alguna otra persona con la que no tenemos ninguna relación especial. Sus intereses, en tanto sean ponderados desde esa perspectiva, jamás podrán equilibrarse con los nuestros, nunca podrán impedir que hagamos cualquier cosa que promueva los nuestros, aunque sea ruinoso para los suyos. Antes de poder formular una comparación apropiada entre estos intereses opuestos debemos cambiar de lugar. Debemos enfocarlos no desde nuestra posición ni desde la de la otra persona, no con nuestros ojos ni con los suyos, sino desde la posición y con los ojos de un tercero, que no mantenga ninguna conexión particular con ninguno de nosotros y que nos juzgue con imparcialidad. Aquí también el hábito y la experiencia nos han

adestrado para hacer esto de forma tan sencilla y pronta que apenas nos damos cuenta de que lo hacemos; asimismo, en este caso se requiere algún grado de deliberación, incluso de filosofía, para convencerlos del pequeño interés que tomaríamos en los más graves problemas de nuestro vecino, de lo poco que nos afectaría cualquier cosa que le ocurriese, si el sentido de la propiedad y la justicia no corrigiera la desigualdad natural de nuestros sentimientos.

Supongamos que el enorme imperio de la China, con sus miríadas de habitantes, súbitamente es devorado por un terremoto, y analicemos cómo sería afectado por la noticia de esta terrible catástrofe un hombre humanitario de Europa, sin vínculo alguno con esa parte del mundo. Creo que ante todo expresaría una honda pena por la tragedia de ese pueblo infeliz, haría numerosas reflexiones melancólicas sobre la precariedad de la vida humana y la vanidad de todas las labores del hombre, cuando puede ser así aniquilado en un instante. Si fuera una persona analítica, quizá también entraría en muchas disquisiciones acerca de los efectos que el desastre podría provocar en el comercio europeo y en la actividad económica del mundo en general. Una vez concluida esta hermosa filosofía, una vez manifestados honestamente esos filantrópicos sentimientos, continuaría con su trabajo o su recreo, su reposo o su diversión, con el mismo sosiego y tranquilidad como si ningún accidente hubiese ocurrido. El contratiempo más frívolo que pudiese sobrevenirle daría lugar a una perturbación mucho más auténtica. Si fuese a perder su dedo meñique mañana, no podría dormir esta noche; pero, siempre que no los haya visto nunca, roncará con la más profunda seguridad ante la ruina de cien millones de semejantes y la destrucción de tan inmensa multitud claramente le parecerá algo menos interesante que la mezquina desgracia propia. Entonces, para prevenir esa mis-

ra desdicha ¿sería capaz un hombre benévolo de sacrificar las vidas de cien millones de sus hermanos, siempre que no los hubiese visto nunca? La naturaleza humana siente un escalofrío de terror ante la idea y el mundo, en su mayor depravación y corrupción, jamás albergó a un villano tal que fuera capaz de sostenerla. Pero ¿cuál es la diferencia? Cuando nuestros sentimientos pasivos son casi siempre tan sórdidos y egoístas ¿cómo pueden ser nuestros principios activos frecuentemente tan nobles y desinteresados? Cuando estamos invariablemente mucho más íntimamente afectados por lo que nos pasa que por lo que le pasa a los demás ¿qué es lo que impele a los generosos siempre y a los mezquinos muchas veces a sacrificar sus propios intereses a los intereses más importantes de otros? No es el apagado poder del humanitarismo, no es el tenue destello de la benevolencia que la naturaleza ha encendido en el corazón humano lo que es así capaz de contrarrestar los impulsos más poderosos del amor propio. Lo que se ejercita en tales ocasiones es un poder más fuerte, una motivación más energética. Es la razón, el principio, la conciencia, el habitante del pecho, el hombre interior, el ilustre juez y árbitro de nuestra conducta. Él es quien, cuando estamos a punto de obrar de tal modo que afecte la felicidad de otros, nos advierte con una voz capaz de helar la más presuntuosa de nuestras pasiones que no somos más que uno en la muchedumbre y en nada mejor que ningún otro de sus integrantes, y que cuando nos preferimos a nosotros mismos antes que a otros, tan vergonzosa y ciegame, nos transformamos en objetos de execración. Sólo por él conocemos nuestra verdadera pequeñez y la de lo que nos rodea, y las confusiones naturales del amor propio sólo pueden ser corregidas por la mirada de este espectador imparcial. Él es quien nos indica la corrección de la liberalidad y la deformidad de la in-

justicia, la propiedad de renunciar a los mayores intereses propios en aras de los intereses aún más relevantes de los demás, y la monstruosidad de perpetrar el quebranto más pequeño a otra persona con objeto de cosechar el máximo beneficio para nosotros mismos. Lo que nos incita a la práctica de esas virtudes divinas no es el amor al prójimo, no es el amor a la humanidad. Lo que aparece en tales ocasiones es un amor más fuerte, un afecto más poderoso: el amor a lo honorable y noble, a la grandeza, la dignidad y eminencia de nuestras personalidades.

Cuando la felicidad o la desdicha de otros dependen en algún sentido de nuestra conducta, no preferimos el interés de uno al de muchos, como el amor propio podría sugerir. El hombre interior inmediatamente nos amonesta porque nos valoramos demasiado a nosotros mismos y demasiado poco a las demás personas, y que al hacerlo nos convertimos en el objetivo idóneo del menosprecio e indignación de nuestros semejantes. Tampoco está dicho sentimiento limitado sólo a las personas de magnanimidad y virtud extraordinarias. Está profundamente grabado en cualquier soldado aceptablemente bueno, que percibe que sería motivo de escarnio por parte de sus compañeros si lo supusieran capaz de huir del peligro, o de tiubear ante la alternativa de exponer o sacrificar su vida cuando el bien del ejército lo requiriese.

Un individuo jamás debe preferirse a sí mismo tanto más que a otro individuo de forma que ofenda o hiera a este otro en beneficio propio, aunque la ventaja del primero fuese muy superior al detrimento o daño del segundo. El pobre no debe engañar ni robar al rico, aunque para el uno la adquisición resultase mucho más beneficiosa que el perjuicio sufrido por el otro a causa de la pérdida. También en este caso el hombre interior le advierte que él no es mejor que su prójimo y que si establece tan injusta preferencia se vuelve el objetivo apropiado del

desprecio y enojo del género humano, así como de la sancción que ese desden y enfado debe naturalmente predisponer a infligir ante una tal violación de las reglas sagradas de cuya tolerable observancia depende toda la paz y la seguridad de la sociedad humana. No hay persona normalmente honesta que no tema la desgracia interior de una acción como esa, el estigma indeleble para siempre estampado en su mente, como la mayor calamidad externa que podría sobrevenirle sin haber cometido falta alguna, y que no sienta íntimamente la verdad de la admirable máxima estoica según la cual si un hombre despoja a otro de alguna cosa, o injustamente promueve su propia ventaja a través de la pérdida o desventaja de otro, atenta más contra la naturaleza de lo que la muerte, la pobreza, el dolor y todas las miserias pueden afectarlo a él tanto en su cuerpo como en sus circunstancias externas.

Cuando la alegría o el infortunio de otros no depende en absoluto de nuestro proceder, cuando nuestros intereses están totalmente separados y alejados de los suyos, de forma que no se entabla entre ellos conexión ni competencia alguna, no siempre pensamos que resulta tan necesario restringir nuestra natural y acaso impropia ansiedad sobre nuestros asuntos particulares, ni nuestra natural y acaso también impropia indiferencia sobre los de otras personas. La educación más elemental nos enseña a actuar en todas las ocasiones importantes con alguna suerte de imparcialidad entre nosotros y los demás, e incluso el comercio ordinario del mundo es capaz de ajustar nuestros principios activos hasta un cierto nivel de corrección. Pero se ha dicho que sólo la educación más elaborada y refinada puede corregir las desigualdades de nuestros sentimientos pasivos, y se pretende que para este objetivo debemos recurrir a la filosofía más grave y profunda.

Dos grupos diferentes de filósofos han intentado enseñarnos esta lección, la más difícil, de la moral. Un grupo

ha procurado incrementar nuestra sensibilidad con respecto a los intereses ajenos; el otro ha buscado disminuirla con respecto a los propios. El primero pretende que sintamos hacia los demás lo que naturalmente sentimos hacia nosotros mismos. El segundo, que sintamos hacia nosotros mismos lo que naturalmente sentimos hacia los demás. Es probable que ambos grupos hayan llevado sus doctrinas bastante más allá del justo criterio de lo natural y lo correcto.

Los primeros son esos moralistas quejumbrosos y melancólicos, que perpetuamente nos reprochan que seamos felices cuando tantos de nuestros semejantes son desdichados, que consideren impío el regocijo natural ante la prosperidad<sup>8</sup>, que no piense en los muchos desventurados que en ese mismo instante están sometidos a toda suerte de calamidades, en la prostración de la pobreza, en la agonía de la enfermedad, en el horror de la muerte, bajo los ultrajes y la opresión de sus enemigos. Ellos creen que la conmiseración por los males que nunca vimos, de los que nunca hemos oído, pero que podemos estar seguros de que en todos los tiempos infestan a numerosos semejantes, debería ahogar los placeres de los afortunados y hacer que un cierto melancólico desaliento sea la norma de todos los hombres. Pero ante todo esa simpatía extrema con desgracias que desconocemos es totalmente absurda e irrazonable. Si tomamos todo el mundo en consideración, por cada persona que sufre dolor o aflicción, encontraremos veinte cuyas circunstancias son o bien aceptables, o bien de prosperidad y alborozo. Es evidente que no hay razón por la que deberíamos llorar con la una y no alegrarnos con las veinte. Esta conmiseración artifi-

<sup>8</sup> Véase las *Seasons* de Thomson, el inventivo: «¡Ah! qué poco piensa el orgullo alegre y licencioso», etc. Véase también Pascal.

deza frecuentemente indefinibles. En la hermosa tragedia de Voltaire *L'Orphelin de la Chine*, al tiempo que admiramos la magnanimidad de Zamti, dispuesto a sacrificar la vida de su propio hijo para preservar la del único enfermo descendiente de sus antiguos soberanos y patronos, no sólo perdonamos sino amamos la ternura maternal de Idame, que a riesgo de revelar el importante secreto de su marido reclama a su hijo de las crueles manos de los tártaros a quien había sido entregado.

2. Del orden en que los grupos son encomendados por la naturaleza a nuestra beneficencia

Los mismos principios que dirigen el orden en que los individuos son encomendados a nuestra beneficencia, dirigen también el orden en que los grupos son encomendados a la misma. Aquellos para los cuales es o puede ser de la mayor importancia le son encomendados primero y principalmente.

El estado o poder soberano en el que hemos nacido y donde nos hemos educado, y bajo cuya protección vivimos, es en condiciones normales el grupo más extenso sobre cuya felicidad o infelicidad puede tener influencia nuestra buena o mala conducta. En consecuencia, nos es por naturaleza muy firmemente encomendado. Nos incluye no sólo a nosotros sino a todos los objetivos de nuestros afectos más cariñosos, nuestros hijos, nuestros padres, nuestros familiares, amigos y benefactores, todos aquellos a quienes naturalmente más amamos y veneramos; su prosperidad y seguridad depende en alguna medida de la prosperidad y seguridad del estado. Por naturaleza, en-

tonces, lo apreciamos, no sólo por nuestras emociones egoístas sino por todos nuestros afectos privados benévolo-lentes. Debido a nuestra conexión con él, su prosperidad y gloria parecen reflejar una suerte de honor sobre nosotros mismos. Cuando lo comparamos con otras entidades del mismo tipo nos enorgullece su superioridad, y nos irrita en cierta medida si en algún aspecto está por debajo de ellas. Todas las ilustres personalidades que ha producido en el pasado (porque la envidia puede quizá intentar un prejuicio contra nuestros contemporáneos), sus guerreros, sus estadistas, sus poetas, sus filósofos y hombres de letras de todas las clases, a todos ellos estamos dispuestos a contemplarlos con la admiración más parecida y a clasificarlos (a veces muy injustamente) por encima de los de todas las demás naciones. El patriotismo que da su vida por la seguridad e incluso por la vanagloria de esta sociedad parece actuar con la más absoluta corrección. El ser a sí mismo como natural y necesariamente lo ve el espectador imparcial: a los ojos de ese equitativo juez él es sólo uno entre la multitud, no más importante que ninguno de los otros y preparado en todo momento para sacrificarse y entregarse a la seguridad, al servicio e incluso a la gloria del mayor número. Pero aunque este sacrificio parece perfectamente justo y correcto, sabemos lo difícil que es realizarlo y cuán pocas personas son capaces de hacerlo. Su conducta, por ello, no sólo provoca nuestra total aprobación sino nuestro mayor asombro y admiración, y parece merecer todo el aplauso que puede deberse a la virtud más heroica. Por el contrario, el traidor que en alguna ocasión concreta fantasea con que puede promover su pequeño interés particular revelando al enemigo público el interés de su país natal, el que haciendo caso omiso del juicio del hombre dentro del pecho se prefiere en este aspecto tan vergonzosa y mezquinamente a sí mismo antes

que a todos aquéllos con los que mantiene alguna conexión, semeja el más detestable de los villanos.

El amor a nuestra nación a menudo nos predispone a mirar con los celos y la envidia más malignos la prosperidad y grandeza de cualquier nación cercana. Las naciones independientes y vecinas, al carecer de un superior común que dirima sus disputas, viven en continuo temor y sospecha unas de otras. Cada estado, al esperar poca justicia de sus vecinos, está dispuesto a tratarlos con tanta poca como la que espera de ellos. El respeto por el derecho de las naciones, o por aquellas reglas que los estados independientes declaran o pretenden observar en sus relaciones, a menudo no es más que una mera pretensión y declaración. En aras del más minúsculo interés, merced a la más ligera provocación, todos los días vemos que esas reglas son o bien eludidas o bien directamente violadas sin vergüenza o remordimiento. Cada nación prevé, o imagina que prevé, su propia subyugación a partir del poder y grandeza crecientes de cualquiera de sus vecinos, y el mezquino principio del prejuicio nacional se apoya muchas veces en el noble principio del amor a nuestro país. La frase con la que se decía que Catón el Censor, minaba todos los discursos que pronunciaba en el senado, cualquiera fuese el tema, «*Es asimismo mi opinión que Cartago debe ser destruida*», era la expresión natural del patriotismo salvaje de una mente vigorosa pero tosca, encolerizada casi hasta la locura en contra de una nación extranjera por causa de la cual la suya propia había sufrido tanto. La frase, más humanitaria, con la que parece que Escipión Násica concluía todos sus discursos, «*Es asimismo mi opinión que Cartago no debe ser destruida*», era la expresión liberal de una mente más amplia e ilustrada, que no sentía aversión alguna ni siquiera hacia la prosperidad de un antiguo enemigo, una vez reducido a un estado en el que ya no resultaba formidable para Roma. Pue-

de que haya alguna razón para que Francia e Inglaterra teman el incremento de su mutuo poderío naval y militar, pero es ciertamente indigno de unas naciones tan ilustradas como ellas el que sientan envidia de la felicidad y prosperidad interna de la otra, del cultivo de sus tierras, el progreso de sus manufacturas, la expansión de su comercio, la seguridad y cantidad de sus puertos y radas, el adelanto de sus artes y ciencias liberales. Todos ellos representan mejoras genuinas del mundo en que vivimos. La humanidad se beneficia y la naturaleza humana se ennoblece gracias a ellos. En todos esos progresos cada nación debería no sólo esforzarse por sobresalir sino, en aras de amor a la especie humana, también por promover y no obstruir la excelencia de sus vecinos. En todos los casos se trata de objetos apropiados para la emulación nacional y no para la envidia o el prejuicio nacional.

No parece que el amor hacia nuestro país derive del amor a la humanidad. El primer sentimiento es totalmente independiente del segundo y en ocasiones nos predispone a actuar de forma contradictoria con éste. En Gran Bretaña. En la gran sociedad de la raza humana, entonces, la prosperidad de Francia debería aparecer como un objetivo de mucha mayor importancia que la de Gran Bretaña. Pero el súbdito británico que por esa razón prefiere en todos los casos la prosperidad del primer país antes que la del segundo no sería considerado un buen ciudadano de Gran Bretaña. No queremos a nuestro país meramente porque es una fracción de la gran sociedad humana: lo queremos por sí mismo e independientemente de toda reflexión de ese tipo. La sabiduría que diseñó el sistema de los afectos humanos, así como todas las demás secciones de nuestra naturaleza, parece haber pensado que el interés de la amplia sociedad de los seres humanos sería mejor promovido al dirigir la atención de cada indi-

viduo principalmente hacia aquella porción particular de la misma que más se aproxima a la esfera tanto de sus capacidades como de su entendimiento.

Los prejuicios y odios nacionales rara vez se extienden más allá de las naciones cercanas. Nosotros, de forma quizá deleznable y tonta, llamamos a los franceses nuestros enemigos naturales; y ellos, de forma quizá igualmente deleznable y tonta, nos consideran del mismo modo. Ni ellos ni nosotros sentimos ninguna envidia de la prosperidad de la China o el Japón. Asimismo, en ciertas ocasiones ocurre que nuestra buena voluntad hacia países tan distantes pueda ser eficazmente ejercida.

La más amplia benevolencia pública que comúnmente puede ser practicada con alguna consecuencia apreciable es la del estadista, que proyecta y entabla alianzas con naciones cercanas o no muy lejanas, para la preservación de lo que se denomina el equilibrio del poder o para la paz y tranquilidad generales de los estados que integran el círculo de sus negociaciones. Pero los políticos que planean y ejecutan tales tratados rara vez prestan atención a nada que no sea el interés de sus países respectivos. Es verdad, sin embargo, que en ocasiones su visión es más amplia. El conde d'Avaux, embajador plenipotenciario de Francia en el tratado de Münster, estaba dispuesto a sacrificar su vida (según el cardenal de Retz, un hombre no demasiado crédulo con las virtudes de los demás) con objeto de rescatar mediante ese tratado la paz en Europa. El rey Guillermo fue muy celoso de la libertad e independencia de la mayor parte de los estados soberanos de Europa, algo que quizás bien pudo ser estimulado por su aversión particular hacia Francia, el estado que en su época constituía el principal peligro de dicha libertad e independencia. Una fracción del mismo espíritu parece haber sido heredada por el primer gobierno de la reina Ana.

Cada estado independiente se divide en muchas clases

y grupos diferentes, cada uno de los cuales tiene sus poderes, privilegios e inmunidades particulares. Cada individuo está naturalmente más vinculado a su propia clase o grupo que a ningún otro. Su propio interés, su propia clase o nación, el interés y la vanidad de numerosos amigos y compañeros, están normalmente sumamente conectados con ese grupo. Ambiciona ampliar sus privilegios e inmunidades. Está celoso por defenderlos contra las usurpaciones de cualquier otra clase de la sociedad.

Lo que se llama la constitución de cualquier estado depende de la manera en que se halla dividido en los diversos grupos y clases que lo componen, y de la distribución concreta de sus respectivos poderes, privilegios e inmunidades.

La estabilidad de cada constitución depende de la capacidad de cada clase o grupo para mantener sus propios poderes, privilegios e inmunidades contra la usurpación de cualquier otro. Esa constitución será necesariamente más o menos alterada siempre que cualquiera de sus partes subordinadas es elevada o deprimida con respecto a lo que había sido antes su rango y condición.

Todos esos grupos y clases distintas dependen del estado al que deben su seguridad y protección. Que todos son subordinados de ese estado, y son establecidos sólo al servicio de su prosperidad y preservación, es una verdad aceptada incluso por el miembro más parcial de cualquiera de ellos. Será con frecuencia arduo, empero, vencerlo de que la prosperidad y preservación del estado exigen una reducción de los poderes, privilegios e inmunidades de su grupo en particular. Esta parcialidad, aunque puede a veces ser injusta no será por ello inútil. Sirve para frenar el espíritu de innovación. Tiende a mantener cualquiera sea el equilibrio establecido entre los diversos grupos y clases en que se divide la sociedad, y aunque a veces parece obstruir algunos cambios administrativos

que pueden estar de moda y ser populares en un momento dado, en realidad contribuye a la estabilidad y permanencia de todo el sistema.

El amor a nuestro país comprende normalmente dos principios distintos: primero, un cierto respeto y reverencia hacia la constitución o forma de gobierno establecida; y segundo, un ferviente deseo de hacer, en la medida de nuestras posibilidades, que la condición de nuestros ciudadanos sea segura, respetable y feliz. Quien no está dispuesto a respetar las leyes y a obedecer al magistrado no es un ciudadano, y quien no aspira a promover, por todos los medios a su alcance, el bienestar del conjunto de sus compatriotas no es ciertamente un buen ciudadano.

En épocas de paz y quietud ambos principios por regla general coinciden y llevan a una misma conducta. El apoyo al gobierno establecido es evidentemente el mejor expediente para mantener la situación segura, respetable y feliz de nuestros conciudadanos, siempre que veamos que el gobierno de hecho preserva dicha situación. Pero en tiempos de descontento público, facción y desorden, esos dos principios diferentes pueden ser contradictorios e incluso una persona sabia puede estar dispuesta a pensar que algún cambio es necesario en esa constitución o forma de gobierno que en su condición actual es claramente incapaz de mantener la tranquilidad pública. Esos casos son los que a menudo requieren quizá el máximo ejercicio de sabiduría política para determinar cuándo un verdadero patriota debe apoyar y procurar restablecer el viejo sistema, y cuándo debe ceder ante el más atrevido pero a menudo peligroso espíritu innovador.

Las guerras extranjeras y las banderías políticas son los dos contextos que proporcionan las mayores oportunidades para el despliegue del espíritu cívico. El héroe que sirve a su país con éxito en guerras frente al extranjero cum-

ple con las aspiraciones de toda la nación, y por tal causa es objeto de gratitud y admiración generalizadas. En tiempos de disturbios civiles, los líderes de las partes contendientes, aunque sean admirados por la mitad de sus conciudadanos, son comúnmente execrados por la otra mitad. Sus personalidades y el mérito de sus servicios respectivos son normalmente dudosos. La gloria adquirida en guerras extranjeras es por ello casi siempre más pura y más espléndida que la adquirida en las facciones civiles.

El líder de la facción ganadora, sin embargo, si posee suficiente autoridad como para imponerse a sus propios partidarios y lograr que actúen con temperamento y moderación adecuados (lo que frecuentemente no es el caso), a veces podrá rendir a su país un servicio mucho más esencial e importante que las mayores victorias y las más extensas conquistas. Puede restablecer y mejorar la constitución, y desde el carácter dudoso y ambiguo de líder de una facción puede pasar a asumir el carácter más insigne y noble de todos: el del reformador y legislador de un gran estado, y por la sabiduría de sus instituciones garantizar la paz interior y la felicidad de sus compatriotas durante muchas generaciones.

Entre la turbulencia y el desorden faccioso un cierto espíritu doctrinario tiende a mezclarse con el civismo que se funda en el amor a la humanidad, en la genuina solidaridad con los sinsabores y amarguras a los que algunos de nuestros conciudadanos pueden quedar expuestos. Este espíritu sistemático normalmente adopta la misma dirección que el más gentil espíritu cívico, siempre lo anima y a menudo lo inflama incluso hasta la insania del fanatismo. Los líderes del partido descontento rara vez dejan de plantear algún razonable plan de reforma que según ellos no sólo suprimirá todos los inconvenientes y aliviará todos los problemas sino que además impedirá definitivamente que reaparezcan en el futuro. Con tal motivo sue-

len proponer remodelar la constitución y alterar alguna de las partes más fundamentales del sistema de gobierno bajo el cual los súbditos de un gran imperio han disfrutado quizá de paz, seguridad y hasta gloria durante varios siglos consecutivos. La gran masa del partido resulta normalmente intoxicada con la belleza imaginaria de este sistema ideal, del que no tienen ninguna experiencia personal que les ha sido representado con los colores más deslumbrantes con que ha podido pintarlo la elocuencia de sus líderes. Esos mismos líderes, aunque originalmente pudieron no haber pretendido otra cosa que su propia exaltación, terminan en muchos casos siendo víctimas de su propia softistería, y anhelan tanto esa magna reforma como el más menecato y bobo de sus seguidores. Incluso cuando los líderes mantienen sus mentes al margen de este fanatismo, lo que en realidad normalmente hacen, siempre osan frustrar las expectativas de sus partidarios, a menudo, en contra de sus principios y de su conciencia ven obligados a obrar como si estuvieran bajo la ilusión común. La vehemencia del partido que rehúsa todo paliativo, toda templanza, toda razonable adaptación, exigir demasiado con frecuencia no obtiene nada, y los molestias y dificultades que con un poco de moderación podrían haber sido eliminadas y aliviadas, quedan ya sin esperanza de remedio.

La persona cuyo espíritu cívico es incitado exclusivamente por la humanidad y la benevolencia respetará los poderes y privilegios establecidos incluso de los individuos y más aún de los principales grupos y clases en la que se divide el estado. Aunque considere que algunos ellos son en cierto grado abusivos, se contentará con moderar lo que muchas veces no podrá aniquilar sin gran violencia. Cuando no pueda vencer los enraizados prejuicios del pueblo a través de la razón y la persuasión, no intentará someterlo mediante la fuerza sino que observará

religiosamente lo que Cicerón llamó con justicia la divina máxima de Platón: no emplear más violencia contra el país de la que se emplea contra los padres. Adaptará lo mejor que pueda sus planes públicos a los hábitos y prejuicios establecidos de la gente y arreglará en la medida de sus posibilidades los problemas que puedan derivarse de la falta de esas reglamentaciones a las que el pueblo es reacio a someterse. Cuando no puede instituir el bien, no desdenará mejorar el mal; pero, como Solón, cuando no pueda imponer el mejor sistema legal, procurará establecer el mejor que el pueblo sea capaz de tolerar.

El hombre doctrinario, en cambio, se da ínfulas de muy sabio y está casi siempre tan fascinado con la suya puesta belleza de su proyecto político ideal que no soporta la más mínima desviación de ninguna parte del mismo. Pretende aplicarlo por completo y en toda su extensión, sin atender ni a los poderosos intereses ni a los fuertes prejuicios que puedan oponérsele. Se imagina que puede organizar a los diferentes miembros de una gran sociedad con la misma desenvoltura con que dispone las piezas en un tablero de ajedrez. No percibe que las piezas del ajedrez carecen de ningún otro principio motriz salvo el que les imprime la mano, y que en el vasto tablero de la sociedad humana cada pieza posee un principio motriz propio, totalmente independiente del que la legislación arbitrariamente elija imponerle. Si ambos principios coinciden y actúan en el mismo sentido, el juego de la sociedad humana proseguirá sosegada y armoniosamente y muy probablemente será feliz y próspero. Si son opuestos o distintos, el juego será lastimoso y la sociedad padecerá siempre el máximo grado de desorden.

Para dirigir la visión del estadista puede indudablemente ser necesaria una idea general, e incluso doctrinal, sobre la perfección de la política y el derecho. Pero el insistir en aplicar, y aplicar completa e inmediatamente y a

pesar de cualquier oposición, todo lo que esa idea parezca exigir, equivale con frecuencia a la mayor de las arrogancias. Comporta erigir su propio juicio como norma suprema del bien y el mal. Se le antoja que es el único hombre sabio y valioso en la comunidad, y que sus conciudadanos deben acomodarse a él, no él a ellos. Esta es la razón por la cual los príncipes soberanos son con diferencia los más peligrosos de los teóricos políticos. Dicha arrogancia les es totalmente familiar. No abrigan dudas sobre la inmensa superioridad de sus opiniones. Por consiguiente, cuando estos reformadores imperiales y regios condescienden a contemplar la constitución del país con fiado a su gobierno, rara vez descubren en ella nada peor que los obstáculos que en ocasiones opone a la ejecución de su propia voluntad. Menosprecian la divina máxima de Platón y consideran que el estado está hecho para ellos, no ellos para el estado. De ahí que el principal objetivo de sus reformas sea remover dichos obstáculos, reducir la autoridad de la nobleza, eliminar los privilegios de ciudades y provincias, y lograr que tanto los individuos y los grupos más importantes del estado como los más débiles e insignificantes sean igualmente incapaces de oponerse a sus dictados.

### 3. De la benevolencia universal

Aunque nuestros buenos oficios efectivos en muy contadas ocasiones pueden extenderse a una sociedad más amplia que la de nuestro propio país, no hay fronteras que circunscriban nuestra buena voluntad y puede abarcar la inmensidad del universo. No podemos hacernos a la idea de algún ser inocente y sensible cuya felicidad no debamos desear o por cuya desgracia, cuando seamos necesariamente conscientes de ella, no debamos sentir una determinada aversión. La noción de un ser sensible pero malévolamente despierta nuestro rechazo, pero la mala voluntad que en este caso sentimos por él es en realidad consecuencia de nuestra benevolencia universal. Es el efecto de la simpatía que experimentamos hacia la miseria y el resentimiento de los otros seres inocentes y sensibles cuya felicidad es perturbada por su malicia.

Esta benevolencia universal, por noble y generosa que sea, no puede representar la fuente de una felicidad verdadera para ninguna persona que no esté profundamente

convencida de que todos los habitantes del mundo, los más ruines y los más insignes, están bajo el inmediato cuidado y protección del magno, benevolente y omnisciente Ser que dirige todos los movimientos de la naturaleza y que está decidido, por sus propias inalterables perfecciones, a mantener en ella siempre la mayor cantidad posible de felicidad. En cambio, para esta benevolencia universal la mera sospecha de un mundo huérfano debe ser la más melancólica de las reflexiones: pensar que todas las ignotas regiones del espacio infinito e incomprensible puedan contener nada más que desgracia y miseria iluminadas. Todo el esplendor de la mayor prosperidad jamás podrá iluminar las tinieblas con que una idea tan pavorosa debe necesariamente ensombrecer la imaginación; y en una persona sabia y virtuosa todo el pesar de la más acongojante adversidad nunca podrá neutralizar la jovialidad que necesariamente brota de la convicción sistemática y cabal de la verdad de la doctrina opuesta.

El individuo sabio y virtuoso está siempre dispuesto a que su propio interés particular sea sacrificado al interés general de su estamento o grupo. También está dispuesto en todo momento a que el interés de ese estamento o grupo sea sacrificado al interés mayor del estado, del que es una parte subordinada. Debe por tanto estar igualmente dispuesto a que todos esos intereses inferiores sean sacrificados al mayor interés del universo, al interés de la gran sociedad de todos los seres sensibles e inteligentes, de los que el mismo Dios es inmediato administrador y director. Si está en él profundamente arraigada la sistemática y cabal convicción de que este Ser benevolente y omnisciente no admite en su sistema de gobierno ningún mal parcial que no sea necesario para el bien universal, debe ponderar todos los infortunios que pueden sobrevenirle a él, a sus amigos, su grupo o su país, en tanto que necesarios para la prosperidad del universo, y por consiguiente

como algo a lo que no sólo debe someterse con resignación sino algo que él mismo, de haber sido consciente de todas las conexiones e interdependencias de las cosas, debió sincera y devotamente haber deseado.

Tan magnánima resignación ante la voluntad del insigne Director del universo no se halla en ningún aspecto por encima de la capacidad de la naturaleza humana. Los buenos soldados, que aman a su general y confían en él, muchas veces marchan con más ufanía y alacridad a una misión desesperada, de la que no cabe soñar en regresar, que a una desprovista de dificultad y riesgo. Al emprender el camino hacia esta última, no pueden sentir más que la pesadez del deber cotidiano; al marchar hacia aquélla sienten que realizan el esfuerzo más noble que puede acometer el hombre. Saben que su general no les habría ordenado esa misión si no fuese indispensable para la seguridad del ejército, para la victoria en la guerra. De buena gana sacrifican sus pequeñas realidades a la prosperidad de una realidad más importante. Se despiden afectuosamente de sus camaradas, deseándoles felicidad y éxitos, y marchan después no sólo con sumisa obediencia sino a menudo con gritos de la más alborozada exultación hacia esa misión fatal, pero espléndida y honorable, para la que han sido designados. Ningún conductor de ejércitos puede merecer una confianza más ilimitada, un afecto más ardiente y fervoroso, que el gran Conductor del universo. En los mayores desastres tanto públicos como privados, un hombre sabio debe considerar que él mismo, sus amigos y compatriotas, han recibido la orden de acometer la misión desesperada del universo, una orden que nunca habrían recibido si no fuese indispensable para el bien del conjunto, y que su deber no sólo radica en someterse con humilde resignación a su suerte sino abrazarla con presteza y regocijo. Está claro que una persona sabia tiene que

ser capaz de hacer lo que un buen soldado siempre está dispuesto a hacer.

La idea del Ser divino, cuya benevolencia y sabiduría desde toda la eternidad ha planeado y conducido la inmensa maquinaria del universo de forma de producir en todo momento la mayor cantidad posible de felicidad, es sin duda el más sublime de los objetos de la contemplación humana. Cualquier otro pensamiento necesariamente parece inferior en comparación. La persona que creemos principalmente ocupada en esa sublime contemplación rara vez deja de ser objeto de nuestra máxima veneración, y aunque su vida resulte exclusivamente contemplativa, casi siempre la juzgamos con una especie de respeto religioso muy superior a aquél con el que evaluamos al más diligente y útil servidor de la comunidad. Las *Meditaciones* de Marco Antonino [Marco Aurelio], que giran sobre todo en torno a este tema, han contribuido quizá más a la admiración generalizada de su personalidad que todas las medidas de su justo, compasivo y benéfico reinado.

Pero la administración del gran sistema del universo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles, es la labor de Dios, no del hombre. Al ser humano le corresponde un distrito mucho más humilde, pero mucho más adecuado a la debilidad de sus poderes y la estrechez de su comprensión: el cuidado de su propia felicidad, de la de su familia, sus amigos, su país; y el estar ocupado en la contemplación del distrito más sublime nunca puede servir de excusa para que abandone el más modesto. Jamás debe exponerse a la acusación que Avidio Casio lanzó contra Marco Antonino: que mientras se abocaba a especulaciones filosóficas y contemplaba la prosperidad del universo, se olvidaba de la del Imperio Romano. La teoría más sublime del filósofo contemplativo no puede compensar la inobservancia del menor de los deberes activos.